

Centroamérica

Revoluciones Intervenidas

POR LORENZO MEYER

TODAS las revoluciones modernas, es decir, todos los levantamientos sociales cuyo objetivo haya sido la transformación completa del sistema de dominación política y del sistema social, se han visto confrontados por una oposición externa. Así sucedió con la Revolución Francesa, con las fallidas revoluciones de 1848, con las revoluciones bolchevique, china, etc. En algunos casos, la reacción externa logró destruir la acción revolucionaria, y en aquéllos en donde no, la confrontó con uno de sus límites más serios.

América Latina no ha escapado a este patrón general. El ciclo revolucionario del siglo XX se inició en México y ha desembocado en Centroamérica. En nuestro continente el peso de la intervención externa contrarrevolucionaria lo ha asumido, por razones geopolíticas obvias, Estados Unidos. Y es ahí donde residen algunas de las peculiaridades de nuestras historias revolucionarias... y algunas de sus posibilidades.

★

EN Europa, por ejemplo, la acción contrarrevolucionaria del príncipe Metternich tomaba muy poco en cuenta a la opinión pública de su país o de cualquier otro. Pero los tiempos han cambiado y los gobernantes que residen en Washington han tenido que luchar siempre en dos frentes: el de la acción contrarrevolucionaria propiamente dicha, y el siempre complejo frente interno, lo que ha dado como resultado un proceso lleno de contradicciones, contradicciones que bien aprovechadas y con algo de suerte pueden dar a las revoluciones, oportunidades que no tuvieron las víctimas de Metternich.

En los inicios de la Revolución Mexicana —al caer Madero—, ésta fue percibida y definida por el Presidente Woodrow Wilson, básicamente en función de su gran proyecto interno de renovación moral y muy poco en función de lo que pasaba en México. Wilson el antiguo profesor, era un recién llegado al poder en 1913, y pretendió usar la crisis mexicana para dar un ejemplo a Estados Unidos, y al mundo en general, de la capacidad y bondad de la intervención estadounidense. Esbozó entonces un grandioso proyecto que pretendía dejar atrás una política guiada por “intereses egoístas” —característica de la política tradicional de sus predecesores y de todas las grandes potencias—. • iniciar otra, guiada por los más altos principios de ética política.

★

ESA táctica llevó a Wilson, entre otras cosas, a enviar a un enjambre de representantes a México que le pintaron una realidad que correspondía justamente a las ideas preconcebidas del Presidente. Como es de suponerse, la realidad mexicana no se acopló a lo que el buen profesor esperaba de ella, y un

Wilson frustrado e irritado dejó de interesarse en el pobre país del sur, y volvió sus ojos a un escenario más digno de sus esfuerzos: la Gran Guerra Europea y luego el mundo.

A fin de cuentas, la fantasía política wilsoniana resultó útil a los revolucionarios mexicanos, en particular al nacionalista pero muy realista Venustiano Carranza. Desgraciadamente, el desenlace de la actual intervención de Estados Unidos en Centroamérica, no parece ir por el mismo camino. El Presidente Reagan, como Wilson, al principio de su gestión vio en la revolución centroamericana una oportunidad para mostrar a su público —la nueva derecha— y al mundo en general, lo efectivo de sus no muy generosos principios filosóficos.

En Centroamérica, Reagan deseaba enviar un mensaje al mundo: que Estados Unidos no había perdido su voluntad de dominio. De ahí que definiera el drama centroamericano de una manera bastante simplista: como el resultado de la conspiración e injerencia de potencias externas, como un nuevo episodio de la confrontación Este-Oeste. Todo el terrible bagaje histórico de la región —al cual no es ajeno la propia acción de EU— se relegó convenientemente a un segundo plano. Este simplismo fue producto de necesidades internas y también globales del gobierno de Estados Unidos.

Washington marcó sus posiciones en Centroamérica básicamente en función de la ideología de la "nueva derecha" y de su conflicto con la URSS, y obligó a todos los demás actores, primarios y secundarios, a definirse según esa visión. Se forzó entonces a la realidad en función de un esquema ideológico, en todos los peligros que eso entraña.

Lo anterior no significa negar que haya una presencia cubana o soviética en el área, pero esta es más un producto que una causa del problema que nos ocupa. Ahora bien, conforme pasa el tiempo aumentan más las posibilidades de que, acorralados quienes buscan el cambio, hagan realidad la definición inicial de Reagan. Por ello es vital tratar de modificar esa definición. Para ello hay dos caminos: apelar con urgencia al frente interno estadounidense para activar aún más aquellas fuerzas que en el propio EU se oponen a la intervención; por otro lado, pedirles una conducta más realista a los dirigentes revolucionarios.

La revolución sandinista se hace cada vez menos plural, más cerrada, más intolerante, con la cual se acerca peligrosamente a la imagen que de ella difunde Washington y le resta legitimidad a quienes desde Estados Unidos, América Latina y Europa, exigen una solución negociada. Una solución en la que exista un futuro mejor para Centroamérica y no una revolución muerta más. De muertes y sacrificios heroicos pero inútiles, estamos hartos en este continente.